

LA COSTURA DE LA CRÓNICA: UNA REFLEXIÓN DESDE LA PRÁCTICA PERIODÍSTICA¹

Stitching the Chronicle: a Reflection from Journalistic Practice

Óscar Durán Ibatá

Periodista, docente e investigador de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, programa de Comunicación Social - Periodismo.

Resumen

La crónica es una noticia gruesa con elementos e insumos, porque también identifica, describe, clasifica e interpreta. Este artículo entrega pistas sobre cómo producir y armar crónicas periodísticas. Es, en este sentido, una guía práctica para quienes se aventuran a contar con palabras la realidad, sin la necesidad de haber nacido con un don especial ni con virtudes de escritor.

Palabras clave: crónica, crónicas periodísticas.

Abstrac

The chronicle is a thick story with elements and inputs, that also identifies, describes, classifies and interprets. The following articles eeks to provide clues about how to produce and assemble news paper reports. It is, according to its author, a practical guide for those who venture to have words reality, without the need to be born with a special gift or virtues as a writer.

Keywords: chronic, news paper reports.

1. Este artículo está basado en la investigación formativa del autor en el espacio de *El Taller*, del programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, escenario de creación y divulgación de la crónica periodística, y reúne las orientaciones prácticas que establece el autor en el ejercicio de la producción textual de este género.

Introducción

Las escuelas de Periodismo en Occidente entregan a sus educandos un mundo inventado por los textos de referencia, que a su turno el profesor administra con su efectista sistema de castigos y premios. A la escuela norteamericana, por ejemplo, se le atribuye un estilo más pragmático, sin lucimiento intelectual, que presenta los hechos de manera básica, pero con apego al rigor del dato y del hallazgo; la escuela británica, por su parte, separa los hechos de las opiniones, con un estilo sobrio que busca entregar elementos a los ciudadanos para que tomen mejor sus decisiones; la escuela latinoamericana tiende a ser más literaria, con marcada vocación a la estilística del relato (Martínez, 2008). En la propuesta anglosajona, la orientación educativa se basa en el aprendizaje de técnicas, lenguajes y tecnologías, con mucho énfasis en la escritura y en simulacros de redacciones periodísticas, junto con una gran preocupación por la investigación; la europea responde a estudios más generalistas, cercanos a las ciencias humanas y sociales, lo que tendría que ver con la costumbre de asignar “funciones distintas al periodismo, en severo contraste con el pragmatismo norteamericano” (Gargurevich, 1997, p. 391); los latinoamericanos, por su parte, ligan el periodismo con el estudio sobre comunicación social, con énfasis en las teorías y los campos de esta disciplina, sin perjuicio de un afán puntual por consentir la crónica literaria o periodística; al fin de cuentas, el género nace en esta parte del mundo.

Por esa razón, entre los géneros periodísticos, cuando se trata de transmitir una realidad con toda la riqueza de la experiencia, la percepción de los espacios, la voz de los protagonistas y los hechos vivenciados, una de las mejores maneras es precisamente el uso de la crónica (Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, 1999).

Los géneros son solo instrumentos de trabajo, herramientas cuyo uso es conveniente conocer, pero cuya observancia no ha de esclavizarnos; solo existen en nuestra imaginación. Son lupas con las que se escruta el quehacer periodístico para entenderlo mejor, y prácticamente nunca los hallamos en estado puro, sino que en mestizaje (Bastienier, 2009).

En muchos espacios consideran que existen tres géneros periodísticos: la nota, la crónica y el reportaje. El primero identifica y describe; el segundo identifica, describe e interpreta sin valorar, y el tercero identifica, describe, interpreta y opina de manera directa. Cada género contiene cosas del anterior, de forma que en la crónica está implicada la nota, y en el reportaje suelen estarlo la crónica y la nota.

En este escenario, quiero concentrarme en profundidad en el segundo de ellos: la crónica. Con este género, y a través de una narración nutrida de información, se puede comprometer al público con un tema relacionado con la dignidad humana, llamarle la atención sobre esta y comprometerlo con ella. Esta condición de la crónica contrasta con los textos científicos y con los textos académicos, en los que el lenguaje marca una distancia entre el que quiere decir algo y el que finalmente lo escucha o lee (Sims, 1996). Por otra parte, vivimos en una cultura eminentemente narrativa, en la que contar las cosas en un lenguaje más sencillo y utilizando personajes dentro de esa misma narración, permite cumplir la finalidad concreta en cuanto a transmitir mensajes (Gómez, 2014).

La construcción de la crónica

Se puede asimilar la construcción de la crónica con la relación que hay entre las fichas de un rompecabezas: cada una antecede a la otra, en la medida en la que la explica y la justifica. En su elaboración, el primer paso es determinar las fuentes de investigación, es decir, de dónde se va a tomar la información; luego se identifican las técnicas de recolección de información adecuadas a dichas fuentes; después, se debe plantear la pregunta sobre qué hacer con esa información. La respuesta a esta pregunta constituye una evidencia de lo determinante que es haber reunido las dos fichas anteriores para evitar, en la labor de construir la crónica, los datos escasos, las anécdotas y la peligrosa falta de corroboración de hallazgos (Rincón, 2006).

Como se enuncia en el párrafo anterior, hay que partir del hecho, recurrentemente señalado por cronistas y escritores, de que para contar o narrar se necesita tener información, y esta proviene de las fuentes (en el origen mismo de la palabra “fuente” está el nacimiento, la génesis de esa información primaria).

El recurso a las fuentes debe reconocer el contexto legal que soporta y protege la información que poseen estas y las fuentes mismas. La legislación colombiana establece los derechos de acceso a las fuentes e, incluso, el deber de suministrar la información según el caso y la naturaleza de estas; también señala los procedimientos para la solicitud y la protección de las fuentes y de la información (Colombia, Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones, 2004).

De acuerdo con el tipo de información que pueden proporcionar, las fuentes se dividen en tres tipos: las que deben estar prestas a dar información,

como los organismos oficiales, para lo que exigen procesos de solicitud formal; las que dan información porque simplemente quieren transmitir lo que saben, contar sus experiencias, y a las que suele denominarse “las personas de a pie”, y un tercer tipo de fuente, que algunas veces puede llegar a ser problemático, que son a quienes no les interesa que la información se sepa o la documentación oficial se verifique.

Evidentemente, según la naturaleza de la fuente, hay mecanismos legales, como la tutela o el derecho de petición para el acceso a la información (Colombia, Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones, 2004).

En el escenario de la investigación periodística, el profesional interactuará con personas a las que le interesa hablar, con gente que está obligada a hablar y con otros que no querrán hablar. Que la interacción sea exitosa dependerá de la capacidad de persuasión del periodista o de su capacidad para aprovechar el marco legal que rige para acceder a la información. En Colombia, la ley obliga a suministrar la información bajo el artículo 21 de la Constitución Nacional, lo que implica el acceso a la información de manera libre y compromete evidentemente a ser responsable con ella.

Con respecto a los mecanismos de solicitud de información, es fundamental establecer un contrato de transparencia con la fuente, es decir, que esta sepa que no se hará uso de recursos de ocultamiento, por ejemplo, grabadoras escondidas, o no recurrir en la persuasión a expresiones del tipo: “cuénteme qué fue lo que le pasó, en qué tipo de situaciones está involucrado, que yo no voy a decir nada, o que eso no va a salir publicado”. El periodista escribe para ser leído; lo que le ofrezcan las fuentes será información pública y, por ello, está en la obligación de hacerles entender a las fuentes que lo que digan va a ser objeto de publicaciones y que los testimonios o datos serán parte de un texto que impactará a nivel local, nacional o, en esta era de la información digital, internacional (Colombia, Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones, 2004).

En relación con la calidad de la información ofrecida por las fuentes, el periodista debe adoptar el principio de dudar de todo, máxima fundamental y permanente del periodismo, y esta se extiende también a las fuentes, a los tres tipos, pese a la tendencia a pensar que uno de estos “habla con la verdad”: las fuentes oficiales. La historia del periodismo ha probado muchas veces que las fuentes oficiales son las que más mienten, porque tienen intereses como el posicionamiento, la imagen, la reputación y, por supuesto, la necesidad de hacer “quedar bien” a la voz oficial (Guerrero, 2006).

La duda conduce a la comprobación de la información que ofrecen las fuentes; sobre esta se deben tratar de establecer pruebas que muestren qué tan lejos o tan cerca está la información obtenida o las interpretaciones, de los hechos que la comprueban.

Se conocen muchos casos en los que las fuentes oficiales, a partir de la manipulación de la misma información, han llegado a provocar falsedades o han manipulado el contexto para ajustarla a sus intereses; pero estos problemas no son ajenos a la propia interpretación periodística de lo que se investiga (Gómez, 2014). La preocupación por este tema justifica el porqué dudar y lo necesario que es comprobar la información, a partir de evidencias de diferente orden y naturaleza, como documentos, fotografías, imágenes, entrevistas, testimonios, datos de fuentes digitales, etc. Una recomendación, sobre todo en función de los temas de investigación que involucran situaciones de conflicto, confrontación o trasgresión de derechos, es buscar fuentes de información neutrales.

Pero ¿qué implica esta neutralidad? Implica una narración que no esté comprometida con los extremos, lo que se puede ejemplificar en un panorama como el siguiente: cuando se habla con víctimas, por ejemplo, y el objetivo propuesto es protegerlas y alzar la voz por ellas, la información puede estar sesgada, en algún sentido, y sobre todo cargada de muchísima emotividad, lo que resulta normal y justificable; pero eso haría que el relato quedara comprometido y con tono de protesta. Sin embargo, si se cuenta desde la otra orilla y se habla también con el victimario, pues evidentemente se va a contar con elementos que evidencien una realidad y ofrezca un contexto mucho más adecuado para entender el hecho.

Tener en cuenta este equilibrio permite no comprometer la narración y evitar establecer verdades absolutas desde el propio juicio del periodista, del tipo “es un delito macabro”, por ejemplo; puede que eso sea lo que se halle en la investigación, pero se requiere buscar elementos para que lo macabro lo establezca el lector y no la propia narración. A partir de evidencias se le deben demostrar al lector los hechos, sin inducirlo o entregarle información con un segundo sentido. Si esto se logra, el juicio y la conclusión final queda en manos del lector.

Se debe considerar que una historia siempre contiene puntos alejados de la neutralidad, por lo que es necesario, en la construcción de la crónica, buscar y narrar desde los extremos, entendiendo que son importantes para darle equilibrio al proceso de búsqueda de información, y despojar de emotividad el tratamiento de esta. En la crónica, el matiz y el gris funcionan, al dar voz a distintos actores: a

los que ven, viven, analizan, estudian, incluso a los que reglamentan y judicializan el tema que se investiga, reconociendo la condición que representan para la investigación: académico, legislador, víctima o victimario (García Márquez, 2004).

Las herramientas de recopilación de la información en relación con los tipos de fuentes

Pese a las diferencias entre los tipos de fuentes, las herramientas de investigación suponen los mismos mecanismos y principios.

La entrevista

Debe iniciar con la elaboración de una especie de inventario de quiénes serían las personas, con cargo o referencia, nombres y apellidos, a las cuales se podría acudir para obtener información de primera mano; estas personas se denominan *fuentes primarias* (Castro, 1999). Este inventario no supone que todas las voces figuren en el texto final, pero sí una guía del proceso de investigación.

Una vez determinadas las fuentes, hay que planear un diálogo a partir del planteamiento de preguntas, lo más abiertas posibles, que permiten identificar, a partir de las respuestas posibles, subpreguntas que profundicen en particularidades, detalles o anécdotas. Sustentar la investigación para construir la crónica en un proceso de diálogo implica alejarse de la frialdad de la encuesta, que suele depender de una relación muy distante (Castro, 1999).

En este proceso de investigación, y pensando en términos narrativos para elaborar el texto periodístico, se puede sacar el mayor provecho a las entrevistas-conversaciones, en la medida en la que se generen el espacio y el contexto adecuado para propiciarlas. Por ejemplo, si la jornada y el espacio de la oficina del entrevistado no es el mejor lugar para conversar, se le puede citar a conversar mientras se comparte un café o invitarlo a algún lugar que se relacione con el tema por el cual se le desea entrevistar, para conectarlo con las emociones y anécdotas que serán útiles al momento de reconstruir la realidad en los textos.

Ciertamente, se trata de ganar confianza, de entender que la crónica es producto de una investigación y que tiene un componente narrativo. Sin embargo, el proceso de obtener información se puede desarrollar de manera mucho más amena, pese a que la gente hable ante la presencia

de cámaras o por la utilización de grabadoras. La estrategia para afrontar la reacción del entrevistado ante el uso de estos elementos de registro es aclarar, con la grabadora o cámara encendida, que la preocupación fundamental, como periodistas, es conversar e intercambiar información, y que lo que se registra tiene la finalidad de servir como garantía de la transparencia y para no dejar espacio a interpretaciones subjetivas (Castro, 1999).

Al terminar este proceso de la investigación con el entrevistado, la grabación será un insumo muy importante como registro literal para evitar la pérdida de memoria selectiva que aparece al escribir el texto, lo que ante la situación se expresa en: “es que yo no me acuerdo bien, creo que esto fue lo que me dijo”, y suele provocar enfrentamientos con la fuente, en términos de: “esas no fueron mis palabras, usted me entendió mal” (Guerriero, 2007).

Para evitar estas situaciones se hacen transcripciones, incluso textuales, de apartes de la entrevista que van a enriquecer los relatos (Castro, 1999). Esas transcripciones deben ser editadas porque, en un trabajo científico como el periodístico, una cosa es hablar, y otra cosa es escribir, o transcribir para leer; por lo que los contenidos se deben pulir y editar; por ejemplo, cuando el entrevistado conjuga mal un verbo o utiliza mal alguna norma semántica es necesario corregir sin cambiar el sentido, pensando en quién lo va a leer y haciéndolo interesante.

Un buen ejemplo del ejercicio anterior se manifiesta en uno de los textos que escribió Alberto Salcedo, periodista considerado desde hace un buen tiempo como uno de los mejores cronistas que ha dado Colombia. La crónica trata sobre un joven indígena llamado Wikdi, de Unguía, en el Cauca (Colombia). En esta, el periodista escribe:

Diariamente tiene que caminar tres horas desde su casa hasta el colegio y tres horas desde el colegio hasta su casa para estudiar, entonces de las doce horas del día, seis se las pasa caminando, yendo y viniendo, entonces Prisciliano, el papá del niño, tiene 38 años, cuerpo menudo, espera que el sacrificio que está haciendo su hijo valga la pena, él cree que en la institución agrícola de Unguía el niño desarrollará habilidades prácticas muy útiles para su comunidad, como aplicar vacunas veterinarias o manejar fertilizantes, además al terminar su bachillerato en ese colegio de libres, seguramente hablará mejor el idioma español. Para los indígenas Cunas, libres son todas aquellas personas que no pertenecen a su etnia [...] Después viene un pequeño diálogo, el colegio está lejos dice, pero no hay ninguno cerca, el que tenemos nosotros acá en el resguardo solo llega hasta quinto grado, y Wikdi que es el nombre del niño indígena, ya está en séptimo (VV. AA., 2010).

En este fragmento, el cronista o el periodista está contando algo que alguien le dijo, pero que él encontró de primera mano. El relato no debe convertirse en la transcripción de la entrevista; el periodista, como narrador, está obligado a obtener información con esta, y después debe pensar de qué manera la puede hacer interesante: contándolo en primera persona, haciendo un diálogo, entrecomillando la información dada por el entrevistado... Estas decisiones dependen de la técnica usada en la escritura de la crónica.

Los documentos

Son otra herramienta de investigación. En la labor periodística, estos no necesariamente deben ser escritos, ya que pueden provenir de múltiples medios: objetos, imágenes, situaciones específicas en las cuales se pueda encontrar algún tipo de elemento simbólico, un correo electrónico, una carta, un diario de campo (Rincón, 2006). Se debe escudriñar entre bases de datos, entre libros o textos, en historiales de publicaciones de medios de comunicación, en páginas de internet sobre el tema. Lo recolectado, una vez organizado, es información complementaria o documental útil en el proceso de la narración. Incluso, hay imágenes que pueden ser icónicas o representativas para el entrevistado, y que pueden establecer una conexión entre este y el relato; en este caso, es conveniente documentarlo y, si es posible, registrarlo en fotografía, para alimentar visualmente la crónica (Sims, 1996).

Para entender cómo utilizar la información documental en el texto, es ejemplar el caso de una crónica que escribió Juan Gossaín (como se cita en Otero, 1998), periodista y escritor colombiano, cuando lo mandaron a cubrir la primera vez que Antonio Cervantes, *Kid Pambelé*, se coronó campeón mundial de boxeo. Buscando cosas que le dieran sentido a su relato, Gossaín encontró en un libro la historia de que a Puerto Rico ya había ido a pelear un colombiano y se había proclamado campeón mundial de boxeo, antes que *Kid Pambelé*. Esa fuente documental le aportó a Gossaín un giro para construir la crónica: el personaje era *Pambelé*, la historia era la pelea para coronarse campeón; pero, en el proceso de la investigación, el cronista identificó una reseña de un boxeador colombiano que ya había pasado por la misma experiencia, información que le sirvió como elemento en la construcción de su crónica:

Han pasado cuarenta años desde que llegó a Puerto Rico el primer pugilista colombiano. Se llama Fernando Fiorillo pero poca gente sabe en este país que hubiera existido un boxeador con ese nombre. Era un personaje de película. Durante la mañana hacía gimnasia en un caserón de la parte antigua de San Juan. Por la tarde colgaba los guantes y cambiaba la pantaloneta por un traje a rayas de caballero inglés. Llevaba siempre una flor en el ojal de la solapa, un sombrero de copa y unas polainas acordonadas que le daban la apariencia de un ministro británico (como se cita en Otero, 1998).

Evidentemente, Gossaín no estuvo cuarenta años atrás cuando vivió el primer campeón de boxeo; pero la información que encontró le permitió, con un lenguaje rico, descriptivo y narrativo, darle un sentido mucho más amplio y profundo a lo que tenía que contar.

Algunos hablan de la habilidad para hacer crónica como algo innato y llegan a considerarlo casi un don. Hay muchos elementos que pueden ser adquiridos, pero el don solo no resuelve las exigencias de la costura de la crónica; sin la formación periodística se terminaría, a lo sumo, haciendo poesía. Juan Gossaín o Alberto Salcedo, como cualquier cronista, tienen condiciones personales, como el “olfato” y la curiosidad para llegar a los datos, al contexto, a los documentos, para realizar las entrevistas, y ponen estas condiciones en práctica al momento de sentarse escribir. Sin embargo, sin las técnicas que deben ser usadas en la elaboración de la crónica, se puede terminar haciendo otro tipo de texto narrativo, una novela, por ejemplo, y ese tipo de texto, evidentemente, se separa de la realidad. En la crónica, lo que se dice y lo se cuenta no debe ser producto de la ficción ni de la inventiva ni de la imaginación, porque en esos terrenos no solamente corre el riesgo el texto periodístico, sino también la labor del periodista, su credibilidad y la de las instituciones, en caso de que se escriba siendo la voz de alguna (Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, 1999).

Los expertos

La tercera herramienta en la costura del texto narrativo periodístico son los estudios especializados y la voz de expertos, como otro tipo de fuente. En esta es importante hacer uso de una muy buena agenda de nombres de profesionales que puedan interpretar, ayudar a entender o profundizar mejor un tema. En estas fuentes es posible encontrar en internet estudios y personas que se pueden declarar expertos acerca del tema tratado; a ese tipo de fuentes se le debe hacer la misma corroboración que a las demás fuentes, porque en caso de mostrarlas en el relato, sin establecer un filtro o comprobación, se incurre en una falta absoluta de profesionalismo.

La investigación de fuentes especializadas se debe hacer sin temor a abrir con esto el panorama del trabajo, pues muchas veces el periodista se encuentra frente a temas sobre los que no tiene dominio. Desde el inicio de la producción del texto se debe pensar en los posibles estudios o expertos a los que se puede recurrir y, al momento de citarlos, es preferible hacerlo bajo sus propias palabras, sin lugar a modificaciones a la hora de transcribirlos. Esto, además de otorgarle un sentido no solamente responsable al trabajo, soporta la seriedad de las afirmaciones, pues los estudios avalan y certifican que no se está ante un fenómeno aislado, sino que este responde a una coyuntura hecha manifiesta por los datos de estas fuentes.

Ahora bien, el periodista suele enfrentarse al dilema de determinar cómo identificar y contactar a los expertos en un tema. Lo primero es identificar en qué temas, de los que encuentran en la investigación para elaborar el texto, es necesario ampliar el conocimiento. Al leer crónicas como las de García Márquez o Salcedo, se puede tener la impresión de que estos “sí que saben”; pero el periodista, en realidad, no sabe de todo lo que documenta; el ejercicio profesional lo ha formado en encontrar qué contar; por ejemplo, para hablar de pájaros tuvo que haber buscado expertos en pájaros que le contaran cómo son los sonidos de los pájaros. La eficiencia narrativa con lo detallado en la información en el relato, es lo que lleva a creer que sabe de las cosas que trata, gracias a la genialidad con la que involucra términos y tecnicismos en sus textos.

Este reto del manejo de las fuentes expertas en el texto narrativo se evidencia en una pregunta hecha por un periodista al cronista colombiano Germán Santamaría: “¿cómo hace usted, Germán Santamaría, para encontrar el equilibrio entre la información fría, digamos la de fuentes especializadas, y esa parte amena del relato que uno cuenta?” (Otero, 1998). La respuesta de Santamaría fue que, dentro de su propio estilo, le preocupa más el aspecto de la atmósfera y de la narración; el dato frío no le importa mucho, porque de alguna manera sacrificaría ritmo y capacidad de lectura al lector. Una respuesta posible entre otras sobre el mismo asunto.

La observación

Es la cuarta herramienta para obtener información en la costura de la crónica, tal vez la más subjetiva de todas y de la que se debe hacer una especie de arqueo durante todo el proceso de la investigación, pues es la que proporciona la riqueza literaria del relato. Aunque se cuente con un inventario de veinticinco entrevistas, siete documentos y diez investigaciones o información especializada, todavía no se tiene la crónica; sería simplemente un conjunto de preguntas y de respuestas, de información muy específica de documentos y de datos fríos de investigaciones. La crónica, el lugar del relato, surge del proceso de observación (Restrepo, 2005).

Este proceso depende de un ejercicio en el que están involucrados los cinco sentidos puestos al servicio del proceso, pues todo lo que se ve, escucha, sienta, huele y palpa es lo que permite, después, contar y narrar. Indiscutiblemente, se parte, en algunos casos, de prejuicios e hipótesis, pero la observación es la que posibilita acercarse con evidencias a las calificaciones que se quieren plantear. En este proceso tiene cabida otra máxima del periodismo: *es mejor mostrar las cosas que decirlas* (Restrepo, 2005), porque cuando el periodista las muestra, el adjetivo o el calificativo

surge en la mente al lector, pero lo aporta el periodista. Por ejemplo, si se empieza una descripción diciendo que, apenas se ingresa a la casa, hay un olor a comida, las paredes tienen manchas de restos de alimentos, en el piso hay dos bolsas de basura abiertas con moscas rondando, se muestra la suciedad, pero en el relato no se dice que se entró en una casa sucia, simplemente se mostró la suciedad con la descripción de una observación (con ello queda en evidencia la diferencia entre mostrar y decir).

De la investigación a la costura de la crónica

Del proceso de investigación se obtiene la información inicial que permitirá narrar los extremos. La metáfora del rompecabezas es, como se ha dicho, la imagen más precisa para representar los pasos del quehacer periodístico en la elaboración de la crónica (Bradlee, 2000). El primer paso es encontrar los elementos, a partir del resultado de las herramientas expuestas, de lo que se va a componer la crónica: planear la investigación, contar con documentos, estudios, personajes y, por supuesto, realizar algún tipo de recorrido o un acercamiento personal, porque esto es también parte del proceso de observación.

En este paso se le da, a cada una de las fichas del rompecabezas, un nombre y se empieza a armar: se puede poner una pieza de antecedentes del tema, luego otra que plantee el interrogante sobre qué pasaría más adelante y, en función de esa proyección, ubicar documentos, entrevistar personas, todo ello bajo la comprensión del concepto y de la connotación, de las consecuencias y de la importancia del tema que se decida abordar.

Una vez realizada la investigación en la que se compilan las entrevistas, los documentos, los especialistas y la observación, se deben reconocer, entre todos los datos, aquellos que se denominan *datos fríos*, los que representan cifras, estadísticas, encuestas y que, por sí solos, no se conectan con el relato de la crónica; sin embargo, se debe idear la forma de hacerlos “calientes”, pues son necesarios y enriquecen la historia.

En la siguiente ejemplificación se puede observar cómo se aplica el proceso de ensamble, al armar el rompecabezas de la investigación, para llegar a la crónica.

Supongamos que el tema es la tasa de homicidios en Bogotá. Como cronista, el periodista parte de hacerse una pregunta general: ¿por qué se están matando los bogotanos? Esta sola pregunta, además de generar un atractivo para apartarse de los textos académicos, plantea una

invitación a leer el texto, pues a cualquier bogotano o persona que viva en esta ciudad le interesaría conocer esta historia. Posteriormente, el periodista recopila los datos fríos que ayudan a ubicar la temporalidad del fenómeno investigado; si se tienen en cuenta los antecedentes, entonces sería necesario revisar las tasas del fenómeno en los años 2012, 2013... y las del año actual, y así delimitar el escenario. El tema se sigue desarrollando en la medida en la que se planteen más preguntas; por ejemplo: ¿el fenómeno es un problema solo de Bogotá?, lo que conllevaría a compararlo con la información resultante en otras ciudades principales, por ejemplo, Cali, Medellín, Barranquilla y Bucaramanga. La indagación en cada temporalidad y contexto aportará, seguramente, diferentes voces. Para el caso del fenómeno de este ejemplo, se podría definir que es importante hablar con la policía local, con el comandante, con el agente, con los gremios, con la alcaldía, con las víctimas e, incluso, con las pandillas delincuenciales, y así sucesivamente, con el objetivo de agregarle al relato nombres, connotación, atmósfera e importancia, trascendencia y respaldo en evidencias.

Una vez en este punto, es el momento de pensar en proyecciones, lo que es muy relevante, pues permite justificar por qué el texto merece ser leído. Siguiendo con el ejemplo, se formula la pregunta: ¿qué beneficios puede tener esta crónica para que un ciudadano la lea? Aunque el texto documento, entretenga e informe, el periodista se debe encargar de que algo quede en la mente del lector; se debe pensar en la información que le será de utilidad para no solo conocer la realidad de fenómeno, conocer las estadísticas, saber del panorama nacional de esa situación, sino además qué hacer si no le queda más remedio que seguir viviendo en la ciudad, con condiciones de seguridad difíciles y delicadas, para lo cual se puede echar mano de los datos fríos como, por ejemplo, suministrar la línea del número de los cuadrantes de la policía, indicar las zonas de mayor peligrosidad y demás elementos que le presten un servicio y, en últimas, le tranquilice la existencia, luego de haberle alertado y haberle dicho: “preocúpese, tome medidas ante esta problemática”. Este relato debe estar plasmado en un escenario; es decir, para que el relato reclame su toque de realidad, se debe incluir una historia; es allí donde el poder de la observación se hace presente y es necesario involucrarse para poder narrar.

El segundo paso implica ir a lo vivencial; por ejemplo, destinar un día para visitar medicina legal en un fin de semana de quincena, a ver si el tema es solamente coyuntural o uno diferente, y comprobar que el asunto es que los bogotanos no saben celebrar. Todo ello antes de avanzar al tercer paso.

En dicho tercer paso es hora de escoger el enfoque o el ángulo que se le quiere dar al texto. Se cuenta con la información necesaria, después de realizar las entrevistas, obtener documentos y estudios sobre el tema, ir a medicina legal, recorrer las calles de Bogotá, ir con un policía a recorrer las principales calles, las más problemáticas de Bogotá e, incluso, percibir el temor de los transeúntes y constatar qué grupos hacen peligrosas ciertas zonas a ciertas horas; ahora se requiere formular preguntas como: ¿qué se quiere hacer con ello?, ¿cuál es la finalidad?, ¿contar y narrar un hecho específico, o, por el contrario, interesa que le quede algo más al lector?

Las respuestas a estas preguntas orientan las elecciones. Tal formulación de preguntas y el enfoque impiden que se caiga en un estado de inundación de información y permiten, más bien, que se ordenen los elementos en función de lo que se quiere lograr en el texto, así como elegir qué se incluye y qué no. En función de la elección, todos los insumos empiezan a responder a ella. Se podrán desechar cosas que antes parecían importantes, o se utilizan de alguna manera, o no, pues no se puede mostrar todo en bruto, porque nadie lo va a leer. Lo que se tiene en esta parte del proceso es información captada a partir de las cuatro herramientas expuestas, y con ello cuatro formas distintas de abordar los hechos, pero que se refieren a lo mismo y tienen el mismo enfoque; luego, el problema no es de forma, de quién va a escribir o cómo escribe, sino de qué tipo de información se elige a partir del enfoque que se decidió. Esto se puede ejemplificar del siguiente modo.

En una crónica sobre el fenómeno ejemplificado, narrada desde el enfoque descriptivo, se diría:

A las cuatro de la madrugada, cuando los primeros funcionarios llegan a medicina legal, hay una fila de por lo menos treinta personas que llevan una hora de espera. En sus rostros, angustiados por las noticias, existe una misión común: reclamar el cadáver de un ser querido, la escena que Bogotá ha repetido cada día de los últimos seis meses, como consecuencia de la peor ola de asesinatos de su historia; podría ser la misma de los próximos días, pues las autoridades reconocen que tienen limitaciones para proteger a los ciudadanos.

Desde esta construcción, se determinó el enfoque que se le quiere dar al texto.

En una crónica narrada solamente a partir del contexto, se diría:

La ciudad de Bogotá vive la peor ola de asesinatos de su historia. En los últimos seis meses, las cifras de muertos en atraco a mano armada o casos de sicariato se han multiplicado por tres, lo que tiene alarmados a autoridades y ciudadanos. Pero el problema más grave no es ese: ayer la propia comandancia de la policía reconoció que tiene serias limitaciones para seguir protegiendo la vida de los habitantes de la capital.

En esta elaboración, el mismo enfoque tiene distinta fachada, pero se está diciendo lo mismo, como producto de la misma investigación.

En una narración basada únicamente en el tiempo, la cronología, se diría:

Hace un año, por esta misma época, Bogotá se declaraba alarmada por el asesinato acumulado de 130 personas. Desde entonces, autoridades, empresas, organizaciones y ciudadanía se reunieron 32 veces. Enviaron 18 cartas y visitaron, en cuatro oportunidades, al alcalde del distrito, para buscar una salida; sin embargo, desde la primera reunión, los crímenes se han multiplicado por tres y pueden seguir aumentando, según lo acaba de admitir la policía.

En esta elaboración se evidencia, nuevamente, el mismo enfoque, con una forma distinta, pero con los mismos insumos.

Y en un último ejemplo, para el que se elige escribir poco, se diría:

Hace un año, por esta misma época, Bogotá se declaraba alarmada por el asesinato acumulado de 130 personas; en lo corrido del 2014 van 390 y todo parece indicar que la estadística seguirá aumentando.

Con la anterior ejemplificación, queda comprobado que no es cuestión de cómo se escribe. Si se tienen los insumos necesarios y se define adecuadamente el enfoque de lo que se le quiere dejar al lector, lo demás es un tema de técnica de escritura.

Si algún sentido tiene la crónica, por encima de los demás géneros, es el humano, porque le da rostro a las cifras (Bastenier, 2009); de lo contrario, sería un informe técnico, una cifra más, y el periódico abriría titulando algo así como “En Colombia disminuye el número de personas que han padecido de esto o aquello”; pero, si se va a hacer el esfuerzo de construir una crónica, se esperaría una cifra a la que se le encuentre carne, huesos, emociones, sentido, sensaciones, elementos que le hagan al lector exclamar: “¡qué drama tan tremendo!”, que de alguna forma conmueva, mueva los intestinos y llegue mejor que la cifra y la estadística.

Se trata de escribir crónica pensando que, en 25 o en 100 años, alguien querrá saber cómo era la comunidad y en dicha crónica se le responderá, y ese objetivo le será mucho más fácil a partir de los textos narrativos, que de las noticias frías y de los datos estadísticos, si lee, a través de estos, sobre las dificultades sociales, educativas, económicas, por las que la sociedad pasaba. Solo así, con la crónica, tendrá un sentido mucho más amplio de lo que se era como cultura, que la cifra misma. La mejor manera de llegar a un buen número de personas es usando la narración,

y la crónica es narrativa, en la medida en la que se le da rostro y sentido humano a lo que se encuentra en la investigación.

A pesar de la riqueza narrativa de este género, en Colombia existe un problema en el modo como se condiciona el acceso a la crónica, pues la que es considerada la mejor revista de crónica, en la que se publican los mejores textos de este género, también exhibe contenidos de desnudo de mujeres, y esto provoca cierto rechazo en públicos como los colegios o en personas que no comparten esa visión. A los periódicos, por su parte, no les interesa mucho la crónica, salvo los domingos, cuando el tamaño del diario es mayor, y eso les da la posibilidad a los cronistas de que sus crónicas no se vayan en una página, sino en página y media, o en dos.

Así las cosas, el refugio de la crónica son los blogs y las páginas de internet, en las que el cronista puede publicar sus textos o unirse a la ola de cronistas que termina haciendo literatura, aquellos que dejaron de publicar en los medios y lo que hacen son libros, porque no les gusta que alguien les diga: “quítele acá, haga el texto más corto, es que la gente no lee” o “métele un gráfico para que la gente combine y no se canse”, cuando lo que importa es, evidentemente, el texto.

Miguel Ángel Bastenier (2009), periodista español, propone una metáfora muy adecuada para comprender la naturaleza de los géneros. Él afirma que los géneros son como lupas que el periodista se pone para poder mirar, narrar y entender mejor la realidad, pero que en esencia solo existen en la imaginación del periodista (Bastenier, 2009).

Conclusiones

En la construcción de la crónica hay que buscar información de fuentes primarias y secundarias, asumir que las fuentes mienten, que se debe dudar y que se debe partir del hecho de que existen intereses de por medio. Una vez identificadas las fuentes, se deben reunir los insumos resultados de la investigación, la información, que básicamente proviene del uso de cuatro herramientas: entrevistas, documentos, estudio y proceso de observación. Luego, se le debe dar nombre propio, identificación propia a estos insumos y definir un enfoque para saber qué se quiere del texto y cuáles serán las consecuencias del mismo.

Una crónica es una noticia más gruesa, con más elementos, con más insumos, porque también identifica y describe, pero agrega la característica de clasificar o de interpretar. Lo que el periodista hace es encontrar datos,

preguntarse qué, cómo, cuándo, dónde y por qué, pero a través de una interpretación que no quiere decir opinión, sino comprender con elementos de juicio y elementos probatorios suficientes para interpretar la realidad.

Referencias bibliográficas

- Bastenier, M. A. (2009). *Cómo se escribe un periódico*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica Colombia.
- Bradlee, B. (2000). *La vida de un periodista*. Madrid: Ediciones El País.
- Castro, G. (1999). *Caja de herramientas del escritor*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Colombia, Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (2004). *Periodismo y comunicación para todas las edades*. Bogotá: Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones.
- Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (1999). *Cuadernos del taller de periodismo*. Manizales: Editorial La Patria.
- García Márquez, G. (1996). *El mejor oficio del mundo*. Recuperado de http://elpais.com/diario/1996/10/20/sociedad/845762406_850215.html.
- Gargurevich, J. (1997). *Hacia nuevas maneras de enseñar y aprender periodismo*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, A. (2014). *Ocho apuntes sobre periodismo, realidad y ficción*. Recuperado de <http://cerosetenta.uniandes.edu.co/periodismo-realidad-ficcio>.
- Guerriero, L. (2006). Sobre algunas mentiras del periodismo. *El Malpensante*, 75, 16-23.
- Guerriero, L. (2007). ¿Dónde estaba yo cuando escribí esto? *El Malpensante*, 82, 35-43.
- Martínez, M. A. (2008). Juegos de periodismo: una investigación aplicada en el aula. *Investigación y Desarrollo*, 16(2), 305-325.
- Otero Muñoz, G. (1998). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Restrepo, J. D. (2005). *El zumbido y el moscardón*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas*. Bogotá: Gedisa.

Sims, N. (Ed.) (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: El Áncora Editores.

VV. AA. (2010). *Lo mejor del periodismo de América Latina II: Selección de textos del Premio Nuevo Periodismo CEMEX - FNPI*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica Colombia.